SOLDADESCA Y PICARESCA

CONTINUACIÓN

Corrían de boca en boca sus increíbles hechos. Nadie los negaba. Decíase que después de haber entrado en la ciudadela de Montefiascone, abrió a los suyos las puertas de la fortaleza, rompiendo cerrojos y armellas con las manos, como si el hierro fuera alambre entre sus dedos. En San Jorge de Cefalonia, el propio enemigo lo había izado a la muralla, enganchándolo mediante una máquina llamada bolzá, y aun cuando García de Paredes pudo defenderse con tenacidad, gracias a la espada y broquel de que no se desprendió durante la ascensión por el aire, fué dominado y encerrado en una torre. Entretanto el asalto de la muralla había empezado. García de Paredes rompió los grillos con que estaba sujeto, derribó la puerta de la prisión, estranguló a los carceleros, y atacando a los turcos por la retaguardia, decidió él solo la acción. Bajo los muros de Canosa, en un desafío de once franceses contra once españoles, estando con éstos García de Paredes y Bayardo con los otros, el Hércules de España había dejado fuera de combate a nueve adversarios. En el Puente de Garellano venció a cuatrocientos hombres. En otro río cruzó a nado con el montante a la espalda, y se apoderó de un esquife que protegían los fuegos del enemigo, para que lo utilizara su general.

A los sesenta y cuatro años, García de Paredes conservaba íntegro el vigor de la edad viril. Sin un solo achaque, murió en Bolonia a consecuencia de una caída de caballo. Era el año de 1530. En 1545 sus restos fueron trasladados a Trujillo. Ya entonces la leyenda no había dejado una sola huella de realidad, y se había concretado en la somera relación que fué modelo de toda una literatura, apócrifa o semiapócrifa a veces, y a veces auténtica, pero siempre jugosa, llena de noticias, siempre interesante, sobre todo, por el valor psicológico de su contenido.

La narración popular de la vida del Sansón de Extremadura se llamaba *Sumario de las cosas que acontecieron a Diego García de*

Paredes y de lo que hizo, escrito por él mismo cuando estaba enfermo (1). Según Menéndez Pelayo, cuya opinión ha prevalecido por su acierto, este *Sumario* autobiográfico debe ser considerado «o como un *refacimento* de memorias originales, o como una leyenda popular y soldadesca, forjada por autor desconocido, con recuerdos algo confusos y anacrónicos de las andanzas del hercúleo extremeño».

En 1631, un siglo después de la muerte de Diego García, apareció el ensayo de recapitulación escrito por Tamayo de Vargas, a que se ha hecho referencia; pero el pueblo no entendía de crítica, y el héroe se grabó como personaje legendario, formado de dos representaciones antitéticas, con aventuras reales o fingidas, propias o ajenas, tipo compuesto, perteneciente así a los libros de caballerías como a la novela picaresca.

III

Las ruedas de molino.

Es propio de los héroes populares que al deformarse su figura, ésta se complete con rasgos y aún con elementos integrantes de otros tipos. Acontece también que la figura del héroe se proyecta a distancia y crea una reproducción del modelo, posteridad fantástica de sucesores y perpetuadores de la forma inicial.

García de Paredes tiende a reaparecer, ya por imitación que de él hacen los aventureros, ya por atribuirse a éstos lo que fué obra o hecho característico del personaje fabuloso. Y a la inversa: todo lo que hace un hombre extraordinario, revierte hacia el pasado para completar la fisonomía ideal del héroe.

Las leyendas no tienen cronología. En el caso de García de Paredes, el *Sumario* la deja en blanco. Diego García de Paredes, muerto en 1530, tiéne dos prolongaciones: la de su hijo, el segundo Diego García de Paredes, fundador americano, y la del famoso Céspedes, muerto en las guerras civiles de Granada. Estos dos héroes dieron una

---

(1) Manuscrito E. 77 de la Biblioteca Nacional. Publicado en ***Capitanes ilustres*** y ***Revista de libros militares***, por don Manuel Juan Diana. Madrid, 1851. Páginas 122 a 129.

continuación póstuma a las proezas que llenan la vida de Diego García. El hijo estuvo en Italia, de donde llevó dos banderas, y «mal contento de la recompensa de sus servicios, pasó al Perú en 1547, anduvo con el Presidente Gasca, que lo hizo armar barcos con gente para defender el puerto de Santa Marta y Cartagena del peligro de los franceses... Atajáronse sus esperanzas aquí, porque a la orilla de un río le despedazaron caimanes. La semejanza del nombre y ejercicios ha dado ocasión a que se crea que este Diego García era el muerto, pero con manifiesto engaño, pues esto fué diez y siete años después de la muerte del esforzado Diego García de Paredes, su padre». La transcrita referencia es de Tamayo de Vargas y apenas contiene una noticia exacta fuera de la distinción sobre el padre y el hijo. Ni el Diego García de Paredes que fué a las Indias murió en 1547, ni lo despedazaron caimanes (el cajista pondría caimanes por caníbales), ni su acción tuvo un carácter tan breve y episódico.

El segundo García de Paredes se alistó para ir al Perú con Francisco Pizarro, volvió a España con Fernando, el hermano del conquistador, estuvo en la jornada de Túnez y la Goleta, peleó en Alemania y pasó de nuevo a las Indias, embarcándose en Sevilla para el Nombre de Dios. Enviado a expedicionar contra los franceses en Santa Marta, tuvo participación muy señalada en las turbulencias que promovió el «tirano» Lope de Aguirre, luchando contra él. Fué fundador de la Trujillo de Tierra Firme,—Nuestra Señora de la Paz de Trujillo— «la ciudad portátil» (1). Volvió a la corte, y se le dió el gobierno de Popayán. Dirigíase a su destino, y habiendo desembarcado cerca de la Caravalleda, lo mataron los indios (2). El hijo de Diego García era un gran tipo de poblador indiano, pero su memoria quedó perdida, reabsorbida en la de su padre.

No así el célebre Alonso de Céspedes, «caballero del hábito de Santiago, morador del Orcajo y vecino de Ciudad Real». Posterior a Diego García de Paredes, dió mucho que hacer, y hablaron de él los cronistas, noveladores y poetas. «Este es de quien se escriben acciones inauditas y memorables, así en Italia y Flandes como en Francia

---

(1) Fray Pedro Simón. Cap. XXXVII, 6. Not. núm. 2; cap. XLIX, núm. 2; capítulo 41, núm. 3.

(2) De él habla también Diego Fernández de Palencia en su ***Historia del Perú***, Lib. II, 1.ª Parte.

y Alemania, sirviendo a Carlos V, y últimamente siguiendo sus banderas con el gran Don Fernando, Duque de Alba. Lo menos que vió España de este ilustre portento, fué tener con sus brazos en su mayor concurso una furiosa rueda de molino. Testigo es Guadiana de esta verdad, pues hoy vive con su imagen aquel prodigio. Mis ojos mismos han mirado la piedra y leído en ella, que por memoria suya tiene en el reverso escrito:

«Don Lope no pudo y Céspedes la detuvo.»

Estas líneas son del *Soldado Pindaro,* el olvidado libro del olvidado madrileño Pablo de Céspedes y Meneses, uno de los novelistas más geniales. Por su ambiente de misterio, por la magia del interés dramático, por la novedad cambiante de la bien llamada varia fortuna, por la verdad que encierran los caracteres y por la potencia de la adivinación psicológica, debíamos hacer más caso de Céspedes y Meneses. Pero vuelvo a mi asunto.

Don Luis de Zapata, en su *Miscelánea,* terminada antes de 1592, y poco anterior por lo mismo al *Soldado Píndaro,* decía: «Céspedes fué el que tuvo en nuestros tiempos mayor fuerza, bien que Diego García de Paredes tuvo mucha, y Don Hernando de Paredes, su nieto, infinita. Y entre otras grandes pruebas que hizo Céspedes, dicen, meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero. Y preguntóle un pasajero una vez por el camino, y alzó el timón de una carreta, y «por allá va», dijo, señalando con él. Tenía también una rueda de una aceña para que no moliese, echándole cuanta agua en el caz podía caber. Y acaesció en Granada, asido con las manos de una reja, levantar un caballo en que iba a la jineta.»

Céspedes y Meneses precisa la referencia a la rueda de molino. La hazaña fué presenciada en Aranjuez por Felipe II. «Hizo (el valiente Céspedes) parar la rueda de una aceña con toda la corriente, que le ocasionó a brotar sangre por los oídos y coyunturas de las manos, siendo la causa de este desusado accidente la malicia de un molinero, que sobornado de algunos émulos del capitán, soltó toda el agua que servía para las demás ruedas. Pero sabido el engaño cauteloso, buscó los agresores, y cogiendo algunos, los arrojó en la mitad del río.»

No se escribe cosa igual, decían los contemporáneos, ni del bravo Alceo ni de Milón Crotense. «Su tirar a la barra era con un grande

peñasco, y más de una vez le sucedió yendo camino, sacar a fuerza de sus hombros un carro muy cargado que estaba empantanado, haciéndo él solo lo que dificultaban cuatro mulas. Reventaba un caballo apretando las piernas, arrancaba una reja de sus quicios, y desencuadernaba con un brazo tan solo los huesos y costillas del manchego más doble. Hacía pedazos cinco herraduras juntas, y para no cansaros, lo más que hay que admirar es que en diversas facciones, él solo, con su espada y rodela, embistió con escuadras, rompió y quitó mil vidas de hombres y puso en confusión los contrarios ejércitos.»

El Hércules de Ocaña, el Alcides castellano, «el caballero, según Lope de Vega, que ponderó tanto su nación cuanto admiró las extrañas», no había, sin embargo, recogido toda la fama de Diego García. No ofuscaba a su predecesor hasta dejarlo en el olvido. Un manuscrito que tiene la Academia de la Historia, copia de fines del siglo XVIII, titulado *Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba y a sus hijos en diversos tiempos,* consigna esto: «Diego García de Paredes, por dar gusto a Felipe II en Córdoba, estando viendo las aceñas y batanes, detiene con la mano una piedra, y de la fuerza que hizo le saltó la sangre por los ojos, oídos, boca y narices.» (1)

Ya estamos en presencia de una leyenda de género migratorio. La aceña se sitúa en el Tajo, en el Guadiana, en el Guadalquivir; la proeza es del Hércules de Ocaña o del Sansón de Extremadura, y siendo de éste no detiene la rueda de molino con los brazos sino con un dedo, según la amplificación cervantesca.

Sin embargo, junto a la vaguedad incierta de las narraciones orales, corre el texto literal. Llámase *Compendio de las más celebradas hazañas que obró el capitén Alonso de Céspedes, Alcides castellano. Su ascendencia y descendencia, con varios ramos genealógicos que desta casa han salido. Publícalo Rodrigo Méndez Silva, cronista general destos reinos d S. M.* (2).

Tres de los más señalados lances del valiente Céspedes fueron los que voy a reproducir.

---

(1) Gallardo: Ensayo I, núm. 580.

(2) Debaxo de la esclarecida protección del Excelentísimo señor don Luis Méndez d Haro Sotomayor y Guzmán, Conde-Duque de Olivares, etc., con privilegio. En Madrid, por Diego Díaz. Año 1647.

Se hallaba en Barcelona aguardando embarcación que lo llevara a Italia, y estando en misa, «por ser mucho el concurço de la gente en la celebridad de una fiesta, no pudo cierta dama llegar a tomar el agua bendita. Céspedes, en quien lució siempre la cortesía, con sus acostumbradas fuerzas arrancó fácilmente la pila de la pared, sirvió a la dama con ella, y, volviéndose a su lugar, dejó admirados a los catalanes».

Esta es la segunda: «Antes que el capitán Alonso de Céspedes se partiese a la jornada de Alemania, le fué forzoso dar vista a la imperial Toledo, donde llegando una noche con su cuñado don Diego de Artieda Chirino, a tiempo que las puertas de aquella ciudad estaban cerradas, y aunque llamaron, no quisieron abrir las guardas. Entonces el capitán, con sus fuerzas, apeándose del caballo, arrimó el hombro a ellas, cual otro Sansón a las de Gaza, con que facilitó la entrada».

Viene la tercera, que dice así: «La siguiente noche, fatigadísima, por ser el invierno de aquel año riguroso, siéndole necesario salir a deshora, encontró con un alguacil que rondaba la ciudad, el cual, con palabras descomedidas, ignorando quién fuese, le pidió la espada; mas el capitán, excusándose cortésmente, con el respeto y decoro que se debe a la justicia, no siendo posible reducir aquel soberbio ministro, ocasionado de su porfiada desatención, le arrojó en un tejado, donde estuvo hasta que al romper el alba le bajaron con una escalera».

La anécdota del héroe obligado a castigar un desmán de gente vil, que no le tributa el debido acatamiento, corresponde a otra narración. Figura entre lo mejor del repertorio de Diego García, y se trasmite a Céspedes. Yendo Diego García a Trujillo por Coria, llega con un solo paje a la posada, en donde están dos rufianes, dos mujeres de mal vivir y unos bulderos. Como le ven de pardillo y encubierto con un papahigo, le toman por «marchán de puercos». Entran en eso veinticinco arcabuceros del capitán, y advertidos por el paje, aparentan no conocerle.

Mientras tanto los rufianes seguían la burla, tirando a Diego García del papahigo y de las armas. Levantándose, el capitán tomó el banco en que estaba sentado, abrió la cabeza a un rufián, y echó a las mujeres y bulderos al fuego. Una de las mujeres murió. La otra salió dando voces con los hombres, todos quemados de caras y manos.

Juntóse el pueblo, y porfiaba por entrar mientras cenaban los soldados. Diego García de Paredes abrió por último la puerta, y «con la tranca derrocó dos o tres porquerones». Llegó el obispo, pariente del capitán, y todo quedó allanado.

Otra proeza pasa trasmitida de Paredes a Céspedes. Ya se ha visto cómo el Sansón de Extremadura, nadador excelente, pasó un río con el montante a la espalda y arrebató una barca al enemigo, dueño de la margen opuesta. Decíase después que esto lo había hecho Céspedes en la batalla de Mühlberg, y también se atribuyó al célebre poeta Andrés Rey de Artieda, herido en Lepanto, soldado en las guerras de Flandes y de Alemania.

El hecho atribuído en Italia a Diego García, y años más tarde en Alemania a Céspedes y a Rey de Arieda, corresponde por lo menos a un hecho histórico, pero las crónicas no dan los nombres de los que realizaron la proeza. Cuenta el capitán Pedro de Salazar en su *Historia de la Guerra de Alemania,* que viendo el emperador cómo iba desamparando el enemigo la ribera del Elba durante la batalla de Mühlberg, mas no en tal grado que no hubiese muchos a la defensa, «mandó que la arcabucería usase toda diligencia, y así súbitamente se desnudaron diez arcabuceros españoles, y éstos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron a los dos tercios del puente, que los enemigos llevaban el río abajo, porque el otro tercio quedaba el río arriba muy desamparado dellos. Estos arcabuceros llegaron a las barcas, tirándoles los enemigos muchos arcabuzazos de la ribera, y las ganaron, matando a los que habían quedado dentro, y así las trujeron. También entraron tres soldados españoles a caballo, armados, de los cuales uno se ahogó. Ganadas estas barcas, y estando ya toda nuestra arcabucería tendida por la ribera y señora della, los enemigos comenzaron del todo a perder el ánimo.» (1)

Con estos diez arcabuceros entramos en el seno de la muchedumbre incógnita. A ella pertenecían los que vamos a estudiar. De ella salían, momentáneamente iluminados por un reflejo de la celebridad, más o menos fortuíta, que les tocaba en suerte. El impensado encuentro de un manuscrito, una mención ocasional, tal o cual incidente nos ha revelado esas existencias tanto más representativas

(1) *Historia de la Guerra que el Emperador movió contra los príncipes y ciudades rebeldes del Reyno de Alemania,* por el capitán Pedro de Salazar.

cuanto menos oficialmente históricas. Por mucho que hayan sido a veces ficciones literarias, sirven de expresión fidelísima del tipo que toma proporciones gigantescas con un Diego García de Paredes o con un Alonso de Céspedes.

IV

Precocidad.

El aventurero vive con intensidad. Hace un despilfarro furioso de energía. Necesita comenzar muy temprano su carrera, y tiene que darla por concluída apenas traspuesto el límite de los cuarenta años, si a tanto llega su vigor. Desencantado del mundo, o desengañado, como él dice, toma un rosario, busca una calavera y construye una ermita. O bien profesa en una orden religiosa de las de estricta observancia. Lo de siempre. «El diablo, harto de carne, se hace fraile».

La precocidad es, pues, característica del aventurero.

Alonso de Contreras mata a un condiscípulo, saliendo un día de la escuela, «en la plaza de la Concibición Gerónima» (1). El arma es un cuchillo «de las escribanías», y el modo un clásico golpe de jifero: «dándole por las tripas». Apenas hubo sufrido un año de destierro en Avila, al lado de su tío el cura de Santiago, pretendió ir a la guerra con el Príncipe Cardenal Alberto, que después de haber sido gobernador en Portugal, pasaba a Flandes llevando algunas banderas.

Se propuso a Contreras un oficio, pero no lo aceptó. Pretendía *servir al Rey*. Fué inútil ponerlo de aprendiz en la casa de un platero: se le rebeló y lo apedreó. La madre del chico, desesperada o impotente, consintió en que Alonso *sirviese al Rey*. Dióle unos zapatos de carnero, una camisa, cuatro reales y su bendición. Con este caudal salió de Madrid Alonso de Contreras, el martes, 7 de septiembre de 1595, a los trece años y ocho meses de edad.

Iniciaba su vida de aventurero debiendo ya una muerte, y sin apremios. No podría haber cantado la célebre seguidilla:

A la guerra me lleva
mi necesidad:
Si dineros tuviera
no fuera en verdad.

(1) *Vida del capitán Alonso de Contreras.* Madrid.

Sus propósitos eran perfectamente deliberados en este punto: «más quería tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que a un pelón en la corte». *(Quijote.* Segunda parte. Cap. XXIV).

Don Diego Duque de Estrada, *el Desengañado* (1), que, según él asegura, fué engendrado en Flandes y nacido en Toledo, empezó bien prematuramente su carrera «de notables sucesos, naufragios, fortunas y felicidades». Apenas había cumplido ocho años, se le puso «maestro de subir a caballo, cantar, tañer y nadar». Entró en el estudio de los jesuítas, pero un año después, jugando con don García Osorio, dió a éste una estocada. Los superiores del estudio quisieron azotarlo, y él, sacando un cuchillo, arremetió contra su maestro. Planteado el conflicto entre el colegio y la familia, el padre de don Diego tomó el partido de su hijo, y recordando horóscopos de don Diego de la Calzada, obispo de Solsona, que era teólogo astrólogo, y que había anunciado «vida de sucesos tan varios que apenas serían imaginables, y menos aún creibles», el excelente padre dispuso que el niño «pasase adelante con los demás ejercicios caballerescos, particularmente con la poesía, en que ya empezaba a tener habilidad». Apenas había cumplido once años, sucedió que acabando de representar una comedia, en la que había hecho el papel de Bernardo del Carpio, tuvo porfía, y dió a su contrincante un palo, de que murió el herido. El *Desengañado* afirma que a los trece años comenzó realmente su carrera militar, sirviendo contra el turco en la jornada de la Mahometa, como aventurero y a su costa. Pero aun dando por no probada esta primera expedición africana, poco trabajo cuesta creerle cuando dice que a los veintidós años ya estaba «lleno de vicios, muertes, heridas, amancebamientos, trayendo mujeres de lugar en lugar».

Don Alonso Enríquez de Guzmán, el *Caballero desbaratado* (2), había cumplido diez y ocho años al mediar el de 1518. Hallóse «sin padre, pobre de hacienda y rico de linaje, y con una madre muy habladora aunque honrada mujer y buena cristiana, y gran fama, la cual, no pudiéndolo sustentar, aunque no de edad para casar, lo casó». El joven, «acongojado de la pobreza, y deseoso de la riqueza,

(1) *Comentarios del Desengañado,* o sea *Vida de D. Diego Duque de Estrada.—Memorial Histórico español,* tomo XII.

(2) *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enriquez, caballero noble desbaratado. Col. de Doc. para la Hist. de Esp. tomo LXXXV.*

acordó de ir a buscar sus aventuras». Y así fué como empezó a correr mundo. Él mismo nos lo cuenta: «Salí de la ciudad de Sevilla, do fué mi naturaleza, en este tiempo que arriba digo, con un caballo y una mula, y una acémila, y una cama, y sesenta ducados».

El *Clérigo agradecido* (1), como se llama a sí mismo don Pedro Ordóñez de Ceballos, natural de Jaén, canónigo de la catedral de Astorga, que hizo el *Viaje del Mundo,* comenzó a peregrinar «de nueve años, cuando aún los niños no saben salir de los regazos de sus madres». Fué primero a Sevilla. Allí estudió con los Padres de la Compañía de Jesús y en el colegio de Maese Rodrigo. La persecución de un marido celoso que le mandó matar, fué causa de que dejase los estudios, ciñese espada y saliese de Sevilla. Tuvo la suerte de que don Juan de Cardona lo hiciese alguacil real de las galeras, y partió con ellas para Italia. «Desde edad de nueve años, queriéndolo así el Divino Moisés, Cristo Jesús me envió por ese mundo, en compañía de sus exploradores y por mínimo de sus humildes. Desde esa edad hasta los cuarenta y siete años, anduve peregrinando y viendo el mundo, andando por él más de treinta mil leguas, como en el progreso desta historia verás, tocando todas las cinco partes dél: Europa, Africa, Asia, América y Magallánica».

Don Tiburcio de Redín (2), natural de Pamplona, nacido en 1597, partió para Italia a los catorce años, y a los diez y seis entró en campaña. Hizo toda la de 1613 a 1617 contra el duque de Saboya. A los veinte años era alférez y caballero de Santiago; a los veintidós, capitán de mar y guerra en la carrera de las Indias; a los cuarenta justos entraba como novicio en el convento de Tarazona.

El capitán Domingo de Toral y Valdés (3), originario de Villaviciosa, en la collación de Argüero, fué hidalgo. Muerta la madre

---

(1) *Historia y viaje del clérigo agradecido don Pedro Ordóñez de Zeballos, natural de la insigne ciudad de Jaén, a las cinco partes de Europa, Africa, Asia, América y Magallánica.* Madrid, León Sánchez, 1061.—Reeditada en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* tomo de *Autobiografías y Memorias,* por don Manuel Serrano y Sanz.

(2) Julio Puyol: *Vida y aventuras de don Tiburcio de Redín, soldado y capuchino* (1597-1651). Madrid. Renacimiento, 1913.

(3) *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo capitán.* En la *Col. de Doc. para la Hist. de Esp.,* tomo LXXI. Está reproducida por don Manuel Serrano y Sanz, en la *Novis. colección de Autores Españoles,* tomo de *Autobiografías y Memorias.*

quedó el padre con tres hijos: dos varones y una hembra. Bajó a Castilla llevando los dos mayores, que eran Domingo y la niña. En Madrid, el muchacho se acomodó a ser paje de un señor, y estuvo cuatro años. Después se ausentó de su amo y anduvo peregrinando por España, «como otro Lazarillo de Tormes». Volvió al servicio del mismo amo, requerido por éste, y estuvo tres años más en su casa. Vengando agravios que tenía con otro criado, le dió dos estocadas y huyó de Madrid. Había cumplido diez y siete años. A esa edad sentó la plaza de soldado en Alcalá. Allí pasó dos meses, «buscando la vida con los medios a que da licencia la soldadesca, cuando no hay superior que los estorbe ni remedio a la necesidad». Cervantes ha dicho por experiencia de una larga vida errante que «no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia» (1). Domingo salió por fin de Alcalá para Lisboa, donde se juntaron cuarenta y tres compañías, y socorridos los soldados con un real por plaza, se embarcaron para Dunkerque, a cuyo puerto llegaron en noviembre de 1615. El teatro de este aventurero iba a ser todo el planeta.

Diego Galán (2), natural de Consuegra, vecino de Toledo, escribió un libro de *Cautiverio y trabajos*. Según esa relación, Diego Galán salió de Consuegra en 1589, a los catorce años. Embarcóse en Málaga, fué capturado por los piratas y vendido en Argel. Pasó a Constantinopla con su amo, estuvo en la insurrección de Valaquia contra Mahomet III, visitó el reino de Hungría, y cuando volvió a Constantinopla logró fugarse, repatriándose por Creta y Sicilia.

Don Juan Valladares y Valdelomar, el *Caballero venturoso* (3), nacido en 1553, dice que a los diez años sintió en sí una abundante vena de poesía, y que después de haber quedado huerfano a los catorce, vistió manteo y se puso bonete, que trocó por la espada a los diez y

---

(1) *Quijote*. Parte segunda. Cap. XXIV.

(2) Diego Galán: *Cautiverio y trabajos*. Sociedad de Bibliófilos.

(3) *Caballero venturoso: primera parte de sus extrañas aventuras y prodigiosos trances, adversos y prósperos; historia verdadera; versos y prosa admirable y gustosa*, por don Juan Valladares de Valdelomar, clérigo presbítero de la ciudad de Córdoba. Rodríguez Serna, editor. Prólogo de don Adolfo Bonilla y de don Manuel Serrano y Sanz.

nueve, alistándose en Cartagena, de donde salió para Nápoles con la armada de don Juan de Austria. Cayó en poder de corsarios. Rescatado, se hizo ermitaño en Miramar de Mallorca, sin dejar por eso de emprender viajes a Madrid, a Valencia y a Italia.

Don Gómez Arias a los treinta y dos años había sido «fraile (de los *clérigos menores),* (1) monacillo, señor, pobre, soldado, abogado, médico, casado, maestro de niños y preceptor de gramática en Castilla y astrólogo confirmado en Toro, donde vivía y juntaba dineros diciendo a todos el signo».

Miguel de Castro, soldado que siempre andaba

> cansado del oficio de la pica,
> mas no del ejercicio picaresco,

provoca dudas muy justificadas cuando dice, tal vez por mala redacción, que a los once años era seductor y homicida. Pero probablemente antes de los diez y ocho había envenenado a la enamorada Virgilia y había dado muerte violenta a los dos deudos de ella que pretendieron estorbar la fuga de los amantes» (2).

Lleva una indiscutible realidad el resumen que nos presenta Agustín de Rojas cuando dice en el *Viaje entretenido* que fué paje a los nueve años, soldado a los catorce en la Gran Bretaña, y después viajero en Italia, escribiente y galán en Málaga, farsante en Andalucía, Toledo y Burgos, escribano en el Obispado de Zamora y ermitaño en Córdoba.

Anticipándose cuatro años por exigencias del asonante, Vélez de Guevara, en una de las graciosas improvisaciones que solía enviar a sus amigos para pedirles dinero, declara que a los diez y siete era soldado. Con todo, no fué poco por cierto hacer lo que él hizo y andar por donde anduvo a los veinticuatro:

> Saboya me vió y Milán;
> en los años diez y siete
> de mi edad, medié la pica

---

(1) *Vida y sucesos del astrólogo don Gómez Arias, maestro de Philosophia, Bachiller en Medicina y Profesor de Matlhemáticas y Buenas Letras.* En Madrid, en la imprenta de Manuel Moya, año de 1744.

(2) *Memorias del soldado español Miguel de Castro.* (1593-1611), publicada por A. Paz y Melia. Madrid, 1900.

al grabado peto fuerte,
con el tercio de Bretaña
siguiendo al conde de Fuentes,
desde Baya de Zahona,
por ambiciones de nieve,
hasta que, treguas haciendo
con Saboya los franceses,
pasé a Nápoles, de donde
a buscar en sus bajeles,
la caravana salí,
por todo el mar del Oriente
con don Pedro de Toledo,
rayo español del Berzeli.
De plomo como de gorra,
nos saludamos mil veces,
las turquescas escopetas
con los cristianos mosquetes.

Los hombres de aquellos dos siglos de acción precipitada eran inquietos. Aun los de estudio sentían el ímpetu de la vida desbordante, múltiple y ubicua.

Urgía madrugar mucho para vencer la jornada. ¿Hay en esto nada más persuasivo que el *Razonamiento* del Maestro Hernán Pérez de Oliva, cuando en 1530 pretendió la cátedra de Filosofía Moral?

Recuérdese que este gran cordobés nació pocos meses después del regreso de las dos carabelas de los Pinzones, en el primer viaje de Colón, y que murió meses antes de que llegara a Sevilla la *Santa María del Campo,* con el tesoro de Atahualpa. En esos cuarenta años, Hernán Pérez de Oliva había tenido tiempo para cursar los más famosos estudios de Sevilla, Salamanca, Alcalá, París y Roma, y para llegar a la más alta dignidad universitaria de su país. «Yo, señores,—decía en el *Razonamiento,*—he sido siempre ocupado en letras, con muy buenas provisiones y aparejo de seguirlas, y primero oí la gramática de buenos preceptores que me la enseñaron; después vine a esta Universidad y oí tres años artes liberales con el fruto que muchos aquí saben; y de aquí fuí a Alcalá, donde oí un año, en el tiempo que había excelentes preceptores y grande exercicio; de ahí, creciéndome el amor de las letras, con el gusto dellas fuí a París, do estuve dos años oyendo; y si era bien estimado entonces, algunos lo saben de los que aquí me oyen; de París fuí a Roma, a un tío que

tuve con el Papa León, y estuve tres años en ella siguiendo exercicio de filosofía y letras humanas y otras disciplinas...»

Si un hombre de pensamiento vivía tan intensamente, ¿qué prisa no se darían para empezar los de instinto y pasión?

V

Dromomanía.

Muchas divisiones hay de aventureros, pero todas ellas fallan por no dar la definición exacta del tipo, según sus caracteres internos.

El aventurero puede ser noble o plebeyo, rico o pobre, pícaro u hombre digno, seglar o clérigo, soldado, comerciante, cultivador de las letras... Puede ir a Italia, a Flandes, a las Indias, o no salir de España.

Ya se ha dicho todo esto, pero debe repetirse para distinguir al verdadero aventurero del hombre que visita tierras lejanas por un fin especial.

¿Es aventurero acaso don Diego Mexía, el autor del *Parnaso antártico?* (1). Don Diego Mexía presenta un raro fenómeno de contraste violento entre la psicología y el destino. Comercia y no se hace *perulero;* vive entre indoctos y no pierde la pureza de su dicción; pasa meses enteros caminando desde Sonsonate hasta Méjico, y escribe una admirable traducción de Ovidio. Es que don Diego de Mexía lleva una lámpara interior de sensibilidad literaria que le da tipo sedentario en el galeón, en la silla de postas, en la mula, en la hamaca y en la piragua. El nos habla de su vida moral concentrada y de la causa de que no sea un disperso como lo es el aventurero de raza: «ha veinte años que navego mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado..., ocupado y distraído en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios a la vida». Ve en torno suyo hombres que sólo «tratan de interés y ganancias, que es a lo que acá los trajo su voluntad, y es de tal modo que quien más doto vino se vuelve más perulero».

(1) 1606.

En estas líneas no sólo se define un hombre superior, sino que por contraposición vemos perfilarse el tipo del hombre que pasa ordinariamente a las Indias, el perulero, que va llevado por su voluntad, para tratar de interés y ganancias, y para vivir después en la mísera cicateria o en la ostentación vanidosa. Entonces *perulero* era sinónimo de poco derroche. En la *Garduña de Sevilla,* Castillo Solórzano dice de uno de sus más tristes personajes «como indiano guardoso». En la misma novela, el montañés Marquina, rico y perulero, es un avaro. En el *Soldado Píndaro,* Céspedes y Meneses pinta a Camilo, el marido de la deliciosa Hortensia, como «hombre de exteriores indignos, interiores escasos, mezquino como perulero, menudo como mercader, caviloso como tratante, desconfiado como humilde...»

No es a las Indias, pues, adonde se dirige el presuroso tropel de los aventureros. Entre gente como el marido de Hortensia y el otro marido burlado de Sevilla, no puede vivir a sus anchas el alegre, el imprevisor, el manirroto, el andariego que forma la cuadrilla de la vida de riesgo y ventura.

Sin embargo, aunque por engaño y azar, va también a las Indias. El aventurero, que no se mueve impulsado por la voluntad, va a donde lo lleva la vida, a donde se dirija una corriente de acción. En las Indias halla a veces entretenimiento. Y si no lo halla, él se lo busca. Allá encontraremos a Alonso, el mozo de muchos amos, aunque corre el peligro de prosperar, enriquecerse y hacerse un tominero sedentario. Allá veremos al embusterísimo don Juan de Peralta, (1) al entretenido Juan Méndez Nieto (2) y a aquel charlatán y trapisondista curandero Pedro Muñoz, médico de Hernán Cortés, que trae simples medicinales de las Indias para hacer parir a la mujer de Francisco de los Cobos y para sanar la gota del Cardenal de Sigüenza, dos imposibles que los interesados pagan con encomiendas de las propias Indias.

Pero no confundamos al vividor con el aventurero. Lo esencial y característico del aventurero es no tener voluntad, o tener sólo la voluntad negativa del arrojo para seguir los cauces abiertos por la

---

(1) *El suceso o novela de don Juan de Peralta, caballero indiano, contado por él mismo.* Revista Contemporánea. Ts. III-IV.

(2) Juan Méndez Nieto. Revista Contemporánea. T. I.

vida. En esto caben muchas distinciones. Claro es que el aventurero tiene una excelsitud especial cuando lo domina el sentido afinado de la curiosidad, pero no puede ser esa la interpretación explicativa para la masa de los instintivos que siguen el azar vertiginoso de la acción. Hay que restringir el número de los que merecen figurar en la categoría del aventurero.

«¿Pues qué remedio en falta de favor, de hacienda y habilidad se podrá ofrecer para pasar la vida? ¡Pardiez! Yo no hallé otro sino el de los muchachos aviesos: irse por esos mundos, distraídos y desesperados» (1).

Nótese que el aventurero no quiere sino pasar la vida. La fórmula es exacta. Se trata de pasar la vida. Y el que eso quiere, la pasa de cualquier modo.

Vasco Díaz Tanco de Fregenal escribió un libro del que sólo queda este título, por demás significativo: «*Los seis aventureros de España, y cómo el uno va a las Indias y otro a Italia, y el otro a Flandes, y el otro está preso, y el otro anda en pleitos, y el otro entra en religión, y no hay más de estos seis*».

Pero el mismo autor demuestra que el aventurero es sólo uno. El nos da la razón de ello en el *Jardín del alma cristiana,* pues dice, hablando de su persona: «En Extremadura me llaman Vasco Díaz, y en Portugal y en Galicia me nombran Fregenal, y en las Canarias el Bachiller Tanco, y en los reinos de Aragón y Cataluña el licenciado Casero, y en partes de Italia y Francia el doctor Estanco, y en las provincias de Sant Marco el Maestro Clavedán, y en los reinos de Grecia Cleros Tegnos, e no soy más que uno...»

Suárez de Figueroa cita cuatro categorías de emigrantes, y entre ellos se ve que sólo hay un aventurero de verdadera y auténtica traza:

«Con aviso cierto de galeras partieron de Madrid a Barcelona, para embarcarse a Italia, cuatro, entre quien el camino, sin conocerse, trabó amistad y correspondencia. Era el uno Maestro en Artes y Profesor de Teología. Llevábanle a Roma satisfacción de letras y deseos de saber, formando en sí un tribunal para conseguir sin dilación el premio de su virtud. Dedicábase otro a la milicia, y aunque por su poca edad poco soldado, iba al reino de Nápoles con mediano sueldo, efecto más de favores que servicios. El tercero, dado al arte

(1) Suárez de Figueroa. *El Pasajero.* Pág. 328.

orificia, pasaba a Milán, donde cierto pariente de pluma, por su muerte, le había dejado hacienda. Desterrábase el último de su patria sin ocasión, si ya no era bastante haber nacido en ella con alguna calidad y penuria de bienes. Seguía por facultad la de ambas prudencias, con título de doctor, aunque más docto de experiencia y comunicación de naciones» (1).

Véase cómo lleva la vida al aventurero, en vez de llevarla él por una determinación de la propia voluntad. Le guía el azar; le mueve el impulso de un automomatismo irresistible. Alonso de Contreras parte para Flandes como cocinero, se hace soldado en Saona, a pesar de sus pocos años, y en llegando a su destino, el cabo de cuadra, «que no era amigo de pelear», tomando el nombre del capitán Mejía, ordena que lo siga a Nápoles. Conducido así, de Nápoles el mismo hombre se lo lleva a Palermo. Allí sirve de paje de rodela a Felipe de Menargas, y se le ofrece la expedición marítima de Levante con las galeras de Nápoles y Sicilia. En Patras, de Mosca, oye las primeras balas «que le «zurraron las orejas». Ya es soldado. Ya es héroe. Ya conoce la miel de los despojos, pues aunque mozo le cabe una buena parte del botín.

He aquí explicada en un solo rasgo la preferencia que los aventureros muestran hacia Italia. No quieran ir a este país por el país mismo, aunque tiene grandes encantos, de que luego se tratará. La seducción más grande está en las expediciones marítimas contra el turco. Un aventurero de alma, y el aventurero genuino muestra con frecuencia un valor temerario, lleva la fortuna en sus manos. ¿Qué ocasiones presentan Flandes o las Indias para enriquecerse como en quince días se enriquece un hombre que sabe dar cuenta de su persona? ¿Ni en dónde se puede gastar como en Nápoles o en Palermo lo que se gana con la captura de un jabeque tunecino?

El mismo Alonso de Contreras alude a las glorias de la soldadesca victoriosa, cuando dice: «hicimos tantas presas que es largo de contar, volviendo muy ricos, que yo, con ser de los soldados de a tres escudos de paga, traje más de trescientos escudos de mi parte en ropa y dinero. Y después de llegados a Palermo, mandó el virrey nos diesen las partes de lo que se había traído. Tocóme a mí un sombrero lleno hasta las faldas de reales de a dos, con que comencé a

(1) *El Pasajero.* Introducción.

engrandecerme de ánimo; pero dentro de pocos días se había jugado y gastado, con otros desórdenes».

El remedio estaba en la mano. «Tornóse a enviar los dos galeones a Levante, e hicimos increíbles robos en la mar y en la tierra, que tan afortunado era este virrey. Saqueamos los almagacenes que están en Alejandreta, puerto de mar, donde llegan a estos almagacenes todas las mercancías que traen por tierra de la India de Portugal, por Babilonia y Alepo. Fué mucha la riqueza que trajimos» (2).

Dejemos estas grandezas, que son durante tantos años la tentación y el halago del soldado español en Italia. Después veremos cómo se constituye el héroe venturoso que hace pensión de lo que gana con su brazo. Por ahora nos ocupa un rasgo primordial del aventurero: su inconsciente actividad; su falta de fijeza; la varia fortuna que le guía.

Como Alonso de Contreras, muchos años antes que él, don Alonso Enríquez de Guzmán ha puesto los labios en el panal de los tesoros del Oriente. Pero no todo es glorias.

«Fuíme con tres criados y cien ducados a Palermo, una ciudad en Sicilia, dice don Alonso, y refrescándome y descansando y curándome de una herida malsana que tenía, estuve dos meses, do se gastó la mayor parte del dinero. Concerté mi casa que no quedase sino un criado, y fuíme a Mesina, una ciudad en la dicha isla, y esperando pasaje para Nápoles, acabé lo que me quedaba de restar de decir de los cien ducados...»

No había coyuntura de nuevas expediciones, o no supo buscarlas don Alonso. ¿Qué hizo entonces? Entregarse a la primera y más tentadora ocasión que le indicaba un rumbo. Su explicación es inequívoca: «acabé lo que me quedaba de restar de decir de los cien ducados, y fué menester hacerme rufián, porque un día, pasando por donde están las mujeres, evitando mayores pecados, me concerté con una y la llevé a Calabria, que es otro reino, aunque todo es de un rey, y en lugar que se llama Rísoles ascuté la tienda. Y dentro de nueve o diez días vino a buscarnos su primer amado de mi dueña, y más por fuerza que por cortesía me tomó la presa, aunque, en la verdad, le ayudó mucho, aun por lo que tocaba a mi alma como a

---

(1) Uno de esos galeones era el llamado de *Oro* y otro el de *Plata*.

(2) Alonso de Contreras. Págs. 34-35.

mi honra, haber miedo del morir en tal demanda, o de no alabarme de tan feo vencimiento».

«Fuíme a Nápoles con ocho ducados que por concierto que me hubo de dar, aunque cierto fueron más sacados con maña que mi necesidad me dió que con esfuerzo de mi brazo derecho.

»Yo llegué desnudo de ropa y de dinero, y vestido de presunción, porque ya estaba conocido de muchos que allí eran venidos del dicho ejército. De más de conocer mi naturaleza, conocían haber sido capitán, que es una cosa muy honrada en Italia, y a los que lo han sido, siempre les dura la nombradía...»

El caballero noble desbaratado, el capitán, el héroe de las expediciones marítimas, el rufián de la moza de Rísoles, rueda a mendigo. Pero está en Italia, y al aventurero de cierta prosapia no le faltan ocasiones de reformarse. Se encuentra al marqués de Suchito, y ve levantarse ya su providencia salvadora.

»Tomóme a las ancas de una mula y llevóme a su casa, y fuí tan bien recibido de mi señora la marquesa, su mujer, como convidado de su marido. Y entre otros muchos refrigerios que me dieron era que durmiese en una cama de tela de oro y de terciopelo, y al otro día en la mañana, aunque tarde, por dejarme dormir, y por dormir en buena cama, me despertó un camarero suyo que traía un mercader con muchas piezas de brocados y sedas de todas maneras y una pieza de paño frisado, del cual tomé un sayo, una capa, y no nada de lo demás, aunque no fuí poco importunado.

»Estuve allí sesenta días, muy festejado, y al cabo de ellos, contra la voluntad dellos, me partí de allí para Roma.

»Y dióme cien ducados y una haca blanca muy hermosa, y otra para un paje, y una maleta llena de ropa blanca, y trece varas de brocado muy escondido entre las camisas.

»En llegando a Roma comencé a ver la ciudad por de fuera, y después de dentro, y estoy por no decir más.

»Y fuíme al Pozo Blanco, que mucho lo había oído mentar, y por lo que me había visto en Nápoles había dado a un paje mío corte de vestir de brocado.

»Hice un sayo y otro de terciopelo y dos capas de paño, la una forrada en raso.

»...Micer García de Gibraleón... me llevó a su casa y hospedó muy bien, dándome de comer a su costa, a mis criados y bestias y a

mi persona, cuándo y cómo yo quería, con muy grande acatamiento. Estuve allí treinta días».

Todo acaba, y el parasitismo no da la dicha perpetua. Don Alonso veía como única puerta de salida una pretensión que llevaba para el Emperador, y se fué en su busca. Por lo que habrá podido colegirse, el caballero desbaratado no era precisamente un rayo de la guerra. Más buscaba pensiones que combates, y en esta demanda, salió de Italia. La distancia que lo separaba de Carlos V era grande, pero él tenía fe inquebrantable en la clemencia divina que no deja sin alimento a las avecillas de los campos y a los nobles haraganes.

Emprendió, pues, el camino hacia el Rhin.

»...En este tiempo, desde la dicha ciudad de Bolonia hasta esta Colonia, pasé muchos trabajos de hambre y sed y cansancio. Así, con la soledad, perdiéndome por los campos, a donde había cincuenta leguas, andaba ciento cincuenta, por no saber preguntar. Aconteciómе a sesenta leguas de Bolonia, preguntando por Colonia, hacerme volver a Bolonia. Como por faltarme los dineros con que comprallo, como por no saber pedir el comer y el beber, como por falta dello, la cabalgadura no poder andar y andallo en mis pies.

»En llegando a la dicha ciudad de Colonia, fuíme derecho al Emperador, con una ropa de paño pardo, forrada en zorras, y una espada y un puñal...»

No era difícil prever lo que acontecería: «me echaron de sus casas por fuerza, el Emperador con no me querer oir y el Obispo (de Badajoz) con decirme que me fuera con Dios. Estuve allí treinta días.

»De lo que estos días viví fué que estaba todo el día sin comer, y unas veces me iba a las tabernas y hurtaba que comer, otras veces pedía por amor de Dios en el arrabal, otras veces pasaba por la otra parte y me hacía judío y me daban de comer, hasta que me topó don Lope Vázquez de Acuña, hijo de Rodrigo de Guzmán, Señor de Aljava, una legua de Sevilla, el cual fué causa de todo mi bien y de toda mi honra...» (1)

Diferirán los aventureros en que unos son valientes y otros cobardes, en que unos prefieren los placeres de la mesa y otros los de la lujuria, en que unos buscan sedas y otros se contentan con vestir de

---

(1) *Libro de la vida y costumbres de don Alfonso Enríquez, caballero noble desbaratado.* Caps. V, VI y VII.

pardillo; pero todos viven moviéndose dentro de los ciclos del hecho exterior que los empuja. Todos tienen la *dromomanía* de que habla magistralmente Mateo Alemán. Hay tres líneas perfectas en el Guzmán de Alfarache: «Los pies me llevaban. Yo los iba siguiendo, saliera bien o mal, a monte o a poblado». Si todas las reflexiones de Guzmán fueran como las de esta página, su historia sería la más alta de las filosofías: «Por lo de entonces me acuerdo de las cosas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza».

VI

El ciclo de las aventuras.

Don Diego Duque de Estrada ejemplifica como nadie este impulso de acción por la acción misma. Nadie le supera, en efecto, porque llenando todas las condiciones del aventurero clásico, en cuanto a valor y falta de escrúpulos, tiene además la singularísima ventaja de ser un hombre que no conoce el color de la necesidad. Sólo una vez vemos a don Diego con apuros pecuniarios. La emergencia es de relativa y suave dificultad. Trátase de contrariedades episódicas, que vence con fáciles y decorosos expedientes. Recorre toda la senda de las aventuras sin dejar un solo vellón del punto de honra, sin saber lo que es el ayuno hasta que lo practica como religioso, por fervor de alma, cuando deja el siglo y se llama Fray Justo Santa María.

Es todo un descendiente de Hernán Duque de Estrada, caudillo de la hueste cristiana en las luchas de la primera restauración, caballero del milagro de la Cueva de Cangas. Fantaseando, Fray Justo se autobiografía, y asegura que viene de los Estralen de Westfalia, junto al Mosa, en los confines de Cléveris. Por otro lado, también le tocaba algo de la sangre de Marco Aurelio.

Ya hemos visto cómo, engendrado en Flandes, nació en Toledo, y cómo a los cinco años tenía maestros de danzas y bailes con castañetas. Pero no huelga precisar ciertos detalles. A los ocho años sabía cabalgar como un Cid. A los diez, era perfecto gramático. En ese mismo año, que era el de 1599, sucedió que don Diego tuvo la humorada de apalear a un burro. Desgraciadamente, iba montado

un mozo que cayó de la bestia, y murió a consecuencia del golpe.

Don Diego habría cumplido trece o catorce años cuando tomó parte en la jornada de la Mahometa, proeza que se cree invención suya. Como quiera que ello sea, a los catorce tenía ya en su haber los palos al burro y la muerte del mozo. No olvidemos la estocada a su condiscípulo D. García Osorio, y la muerte del adversario en la comedia donde hizo el papel de Bernardo del Carpio. Partió entonces para la corte con el conde de Fuensalida, y se hizo célebre por las comedias que escribió, representadas por Riquelme.

Tenía diez y siete años cuando dió palabra de casamiento a doña Isabel, hija de su padre adoptivo, y poco después la mató junto con don Juan Zapata por haberle encontrado a deshoras en la cámara de la doncella.

Huyó de Toledo, y después de haber estado en Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, tomó parte en la jornada de Alareche con el marqués de Santa Cruz.

A su regreso sirvió en la campaña de los moriscos.

En Antequera tuvo un lance con tres ladrones. Recibió ocho heridas, pero él mató a uno de los asaltantes.

En la Mancha se vengó de un hombre que lo había herido por haber sido antes apaleado.

Corriendo por las costas de Argelia, fué cautivo de piratas y aguardó en Ceuta un año el rescate, bien tratado por un antiguo esclavo de su abuelo.

En 1611, a los veintidós años, se le aprehendió por los dos homicidios de Toledo. Llevado de Ecija a esta ciudad, le dieron tres horas de tormento, y estuvo enfermo hasta el verano de 1612.

Estando preso hizo dos comedias y alborotó la cárcel. Concluído su proceso, se le condenó a ser degollado.

Apeló, se fugó, sufrió un sitio en la torre de la catedral, y después de haberse librado novelescamente, huyó a Italia, pasando por Aragón y Cataluña.

En Barcelona compuso comedias.

El 1.º de enero de 1614 se hacía a la vela, y siguiendo la costa de Francia, desembarcó en Génova. De este puerto pasó a Roma por Liorna, después de haber estado en Pisa y en Siena.

Don Francisco de Castro, duque de Taurisamo, le acogió en Roma, y él hizo comedias para obsequiarle.

Agredió a un caballero, acuchillándolo en el portal del cardenal de Borja, y huyó a Nápoles.

Allí obtuvo plaza de soldado y entró en la compañía de don Francisco de Castro, amigo desde la infancia.

Bien pronto llamó la atención, e hizo dos comedias para la academia literaria que tenía el conde de Lemos.

En 1616 se casó con doña Lucrecia. Navegó con don Octavio de Aragón, hermano del duque de Terranova, yendo hasta los castillos de Constantinopla y apresando dos caramuzales. Volvió a embarcarse, y se le confió una embajada a Ragusa. Haciendo un espionaje atrevido entre la armada de los venecianos, fué cogido y se le dieron tres tratos de cuerda. Pudo escapar empleando artificios de increíble astucia. Después de pelear con el enemigo, volvió a Nápoles.

Tuvo un disgusto con el virrey, duque de Osuna, y libre del peligro que corrió de perderse por su insolencia, recorrió el Adriático hasta Zara, donde se le tomaron al enemigo tres galeras con dos millones de mercancías. Peleó contra los venecianos, y volvió a Nápoles, cargado de botín.

Anduvo por la Calabria como cabo de una compañía, con buena prez y muchos regalos.

En 1619 hizo secretamente la discutida expedición a Venecia, en la que tomaron parte cuatro mil hombres, y que fracasó.

En 1620 partió para España en las galeras del duque de Osuna, y en Tolón jugó esgrima con un maestro francés, ganándole. No pudo continuar el viaje, y de Marsella volvió a Nápoles, donde el virrey, cardenal Borja y Velasco, le hizo capitán.

Enviado al gobierno el cardenal de Zapata, quiso éste decapitarlo por las muertes de Toledo, y para escapar se embarcó en los galeones del general Francisco de Ribera.

En Sanna fué sentenciado a la horca por haber maniatado a un criado suyo, contra los privilegios de la República. Se fugó, se embarcó para Nápoles, y la fortuna le llevó a Sicilia y a Malta.

Cuando volvió a Nápoles, se embarcó para las costas de Berbería, llegando a la Goleta, donde incendió los bajeles del enemigo y recibió dos heridas.

CARLOS PEREYRA.

(Continuará).